Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

LA ESTÉTICA MUNICIPAL

No hace mucho departía yo con mi ilustre amigo don Torcuato Luna de Tena en su casa de San Sebastián. La casa que en la ciudad donostiarra posee el director de *A B C* es la más bella y artística de cuantas se levantan, frente al mar, en el paseo que circunda la playa. En un sevillano de corazón, no podía faltar un recuerdo, bajo este cielo bajo y gris—que tiene un profundo encanto—á otro cielo azul, alto, radiante, diáfano: el de Sevilla; un recuerdo á aquel cielo y á aquel ambiente y aquella tierra, únicos en España. Bellísimos azulejos, que forman sutiles y elegantes tracerías, decoran los zócalos del zaguan de la casa; luego, arriba, en el primer piso, se abre una ancha y clarísima galería; azulejos sevillanos la decoran también; fino mosaico — que reclama la moruna aljójifa—pavimenta al suelo; por tres amplísimas arcadas, entra á raudales el aire cargado de sales marinas y se columbra la extensión plácida de la bahía y la lejanía remota del mar.

Charlaba yo con el señor Luca de Tena durante un grato yantar meridiano. El director de *A B C* es una de las figuras más interesantes de la prensa española. Ha implantado en España los métodos más modernos, los procedimientos más científicos en las artes gráficas y de imprimir. Muchas veces al observar la marcha y el desenvolvimiento de las sociedades, se piensa en que un invento, un descubrimiento en la industria, en la locomoción ó en la fabricación, repercuten profundamente en la sociedad toda y determinan y crean un aspecto social que no hubieran bastado á determinar y crear continuas y generosas predicaciones ó humanitarias y persistentes disposiciones legislativas. Repárese en la profunda modificación que ha introducido en las ideas y sentimientos modernos la invención de la locomotora; repárese también, — ya viniendo á nuestro asunto, — la revolución honda verificada en el periodismo moderno por el fotograbado: en el periodismo y subsiguientemente, por lo tanto, en la cultura.

Reproducción y difusión rapidísima en millares y millares de hoja de escenas ocurridas en el propio país y en lejanos países; difusión de cuadros y monumentos famosos, difusión de paisajes, de fábricas, de ciudades, de retratos, de ejércitos, de escuadras, de multitudes, de ceremonias y solemnidades, de autógrafos, de páginas musicales, de todo, en fin, lo que puede interesar á un lector curioso, de todo lo que en el mundo hace vibrar los hilos del telégrafo. Y toda esa cantidad enorme de fotograbados que esparcen diariamente los periódicos, es la cultura que se difunde, el conocimiento de la geografía, de la etnografía y de cuanto atañe á la manera de ser de los pueblos, el amor á las cosas de arte, la afición á la historia, á la literatura, etc., etc.

Don Torcuato Luca de Tena ha sido en España quien, hace años, ha introducido y divulgado, por medio de *Blanco y Negro*, el procedimiento gráfico del fotograbado. Se habla de periodistas ilustres del siglo XIX, maestros en este arte tan fácil al parecer, pero tan difícil en realidad, de hacer periódicos, de hacerlos *materialmente*; es decir, de realizar á la perfección toda la inmensa labor que va comprendida entre el momento de elegir el papel y aquel otro de poner el número, ya hecho en los talleres y ya difundido por la vasta y complicada red de corresponsales, en manos del lector. Se habla, repito, de estos ilustres periodistas; pero, ¿qué periodista ha superado al insigne presidente de la Prensa Española en la labor fecundísima realizada por él en nuestro periodismo? ¿Cuántos esfuerzos, cuántas penalidades, cuánta perseverancia, cuánta saludable confianza en sí mismo no supone ese cuaderno limpio, elegante, bien estampado, con sus fotograbados claros, que todos los días reseña al lector el movimiento político y social de España y del mundo entero?

Pues ese periódico tan limpio, tan elegantemente impreso, representa también, á más de lo dicho, algo de considerable trascendencia; ese periódico es una lección diariamente profesada ante las clases industriales y burguesas de España; ese periódico y todo lo que supone su sostenimiento quiere decir que su ilustre propietario no ha llegado á ese fin, ni se sostiene en la posición lograda, sin un constante esfuerzo, sin una incansable atención, sin un amor de todos los momentos á la obra que cotidianamente se realiza. ¿Cuántos serán, en nuestro país, los organizadores y directores de una fábrica, de una empresa industrial, que pueden envanecerse de esta íntima y perseverante compenetración con la obra que organizan y dirigen? Y en tiempos que cada vez van reclamando por parte del organizador industrial más energía, escrupulosidad y perseverancia, ¿cómo podrán realizar con éxito lisonjero su obra aquellos que de tales cualidades carezcan?

La conversación que mantenía yo con mi ilustre amigo don Torcuato Luca de Tena versó, entre otras cosas, sobre un asunto de que algunas veces me he ocupado en estas columnas: de la estética de las ciudades. El señor Luca de Tena ha construido en San Sebastián, frente al mar, una bella casa; poco después de terminada la edificación de esa casa, el Ayuntamiento de la hermosa ciudad, ha construído en la playa, á pocos metros de la línea de casas entre las que figura la del director de *A B C* un gran balneario con una alta torre y una chimenea. Las protestas formuladas por el insigne periodista, los recordará el lector; protestaba justísimamente don Torcuato Luca de Tena tanto por que se lesionaba un derecho y se le causaba un perjuicio, al lanzar sobre su casa los humos de la chimenea, como por que era un pecado contra la estética la construcción, tal como se ha realizado, del mencionado balneario. San Sebastián, es una de las ciudades españolas más cultas, elegantes y agradables; sus cabildos municipales dan á sus congéneres de toda España perpetuo ejemplo de escrupulosidad, de honradez, de amor á la población que representan y administran. ¿Cómo, pues, en esta admirable ciudad ha podido erigirse una edificación que viene á turbar la harmonía, la unidad de líneas, la belleza, de la magnífica playa de la Concha?

Hay en las ciudades—y ya dejo el caso concreto de Donostia para generalizar;—hay en las ciudades que tienen personalidad propia por algún concepto, ambiente propio, algo que debe ser para sus ediles y administradores tan respetable como su erario; ese algo es su belleza, su fisonomía, su estética. En los tratados de la ciencia calotécnica se habla de la estética literaria, de la pictórica, etc., etc.; pero rara vez ó nunca se habla de la estética de las ciudades, de la *estética municipal*. Cosa es esta que ahora comenzamos á comprender; hasta hace poco, por ejemplo, higienistas y arquitectos se han estado mostrando partidarios furibundos de la línea recta en las ciudades. Ya se ha iniciado una reacción contra ese sistema; bastantes años hace que uno de los más peregrinos ingenios de España, Angel Ganivet, escribió un libro, *Granada la bella*, que debieran leer los arquitectos é higienistas partidarios de la abominable línea recta.

Pero este es uno solo de los aspectos de la cuestión; mucho habría que hablar de las demoliciones y devastaciones que todos los días se realizan en las viejas ciudades históricas. Los remedios al mal, serían también materia de largo examen; por lo pronto, se necesitaría una reorganización sólida, eficaz, radical de la enseñanza, que permitiera—lo que no sucede ahora—la formación de generaciones conocedoras de la tierra de España y de su historia, y amantes de su arte, de sus monumentos, de la belleza de sus paisajes y ciudades.

AZORÍN.

San Sebastián, septiembre 1911.

Cotidianas

Desde los ya olvidados tiempos en que el también olvidado don José M.ª Orense, marqués de Albaida, interpelaba machaconamente al gobierno sobre la supresión del cuarto del cartero, hoy convertido en perra chica, hemos adelantado mucho más bárbaramente que adelantan las ciencias, en el servicio público de comunicaciones postales.

Son raras las cartas que se pierden, no obstante haber dicho el poeta filósofo que la mitad de las que se pierden están bien perdidas. Son pocas también las que antes de llegar á manos del impaciente destinatario hacen un viaje de instrucción y recreo de Finisterre á Gata y de Peñas á Tarifa, á pesar de haber sobreescritos más difíciles de interpretar que inscripción babilónica. En una palabra; el servicio de correos está muchísimo mejor de lo que merece el mapa alfabetográfico de España, tanto por lo que concierne al personal como por lo que se contrae al material.

Pero como lo óptimo es enemigo de lo mejor y lo mejor tiene ojeriza á lo bueno, no sería malo que continuando la reformadora obra iniciada en tiempo del señor La Cierva, que como tantas otras se quedó en el telar de Penélope, se dotara á las administraciones de mayor movimiento postal, de esa máquina eléctrica recientemente instalada en la de Madrid para timbrar las cartas, con la fecha y hora en se se depositan.

El procedimiento seguido hasta aquí es comparable al suplicio de la muela que no muele por lo embrutecedor y fatigoso. Sería preferible escribir mil veces en diez horas el antipático verbo amolar con todos sus modos, tiempos, números y personas.

Gracias al ingenioso inventor de la máquina timbradora, la operación resulta entretenido juego sin cansancio para el empleado y con el no despreciable ahorro de tiempo que supone la timbradura de 1.800 cartas por minuto ó sean 60 por segundo, equivalentes á dos millones y medio de misivas en las veinticuatro horas del día que están abiertos los buzones.

Por supuesto, que la maquinita en función no dará el rendimiento útil que teóricamente se le atribuye, porque entonces acabaría la tarea en poco menos de lo que duran las sesiones cinescas de día festivo.

Ya vendrá la realidad á contentarnos con poner las cartas en coincidencia con los relojes, sin ir más allá de 60 por minuto en la operación del timbre. Entretanto, sigamos turbando el eterno reposo del marqués de Albaida con el tintín de la perra chica que pagamos por carta del país, y sigan los carteros evidenciando la necesidad del ascensor obligatorio y gratuito en toda casa donde haya recado de escribir.

Sí, como dicen sus admiradores, no hay imposibles para la maga azul, bien podría sugerir la invención de una máquina que de las manos del cartero pusiera las cartas en las del destinatario sin la penalidad casi penitenciaria que para el primero supone el subir y bajar en veinticuatro horas tantos escalones como cartas timbra por minuto la máquina de marras.

ALFEÑIQUE

Cartas de un filósofo rústico

á un urbano de Barcelona

VIII

Sospechará usted, mi buen urbano, que ese oficio de concejal lo llevo yo montado sobre la nariz y que no pienso en otra cosa que en el municipio. La verdad es que, si no el oficio, las consecuencias de él sí las llevo sentadas en las misma boca del estómago, porque del ejercerlo mal se derivan unas porción de males y sus buenos cuartos le cuesta á uno el que se levanten monumentos y se traigan las aguas de aquí ó de allá.

Pero esto que le digo á usted, á usted sólo se lo digo, porque como urbano que es no me mandará á escardar cebollinos. Mayores impertinencias me permití con usted en los días que estuve en esa y mayores tendrá usted que sufrirlas de grandullones y de chicos, que, como aquel de la cabezada en el torso de la francesa, le hizo correr á usted media Rambla, como un avestruz tras un conejo, y perdone usted el símil.

Yo, la verdad, por las tres pesetas ó quizá cuatro que le dé á usted el municipio, no corro ni diez brazas, sobre todo, vestido como va usted, con esa montera y esa casaca roja, que parece el coselete de un crustáceo: á ustedes, con ese traje y el francés que se saben, no debían de darles tales comisiones, como, por ejemplo, la de ponerles de guardia junto á una fuente pública, según vile á usted una noche. A ustedes debían ponerles en las esquinas donde no hay rótulo que indique el nombre de la calle, ó si lo hay lo ha tapado los comerciantes con los de sus tiendas, porque con harta frecuencia se da el caso en Barcelona de recorrer uno toda una calle sin topar con el nombre de ella. Y es que en el Ayuntamiento se figuran que todos conocemos al dedillo y á ojos cerrados el plano de la capital. ¿Cuándo se convencerán los concejales de que es más de su oficio disponer que se vean bien esos rótulos que levantar monumentos á cualquier hereje ó ponerle motes al teatro catalán?

Y viene aquí de molde el decir que van tan malamente como van nuestras cosas porque nadie se conforma con ser lo que realmente es ni se contenta nadie con moverse dentro de su natural esfera: la gallina ejerce de águila y la sardina de pajel y el perro faldero de león. Desprécianse los oficios modestos, tan útiles á la república, y por descuidarse las pequeñas cosas—que son las más esenciales—las cosas grandes se vienen abajo.

Así los municipios, cuyo principal cuidado debe estar fijo en la higiene y policía de las ciudades, quieren ejercer de legisladores y meterse en honduras y celebrar sesiones con discursos brillantes y hacer cosas sonadas, como si fueran Senados ó Academias y ejercieran alguna soberanía. Así les sale ello.

Pues no, señor urbano: el perfecto concejal será aquel que mejor vele para que los dineros del común se distribuyan con economía, para que los empleados cumplan con fidelidad su oficio, para que en los mercados reinen el orden y la limpieza y las calles sean bien barridas y se enseñe en las escuelas y la luz sea repartida con equidad y los otros pequeños menesteres se lleven con orden perfecto; que el saber historia y filosofía y tener elocuencia y conocer las tragedias de Sófocles, para nada ha de ser útil ni á él ni á la ciudad, y aun ha de servirle de estorbo.

Yo disputo por mejor concejal un tendero de bacalao ó de tocino ó de cualquiera otra vitualla así, acostumbrado á la administración de su casa y de su tienda, á la economía, á la actividad y á que no le soplen un cuarto los compradores, que al mismo Menéndez y Pelayo, de quien estoy que lo haría muy mal.

Naca cada uno para lo que nace y yo creo que para perfecto concejal debe nacerse con un especial talento, el talento concejil; y no se esfuerce usted en saber cual y de que clase es este talento, porque se le secará á usted el seso y no lo conseguirá. Debe ser el concejal lo suficientemente avisado para que no le pasen los chanchullos por debajo de la barba y no demasiado listo para no ser él el que los pase por debajo de la barba de los otros... Debe haber en él una ponderación de *bonhomie* y listeza, de buena voluntad y picardía, de honradez, de... ahora me acuerdo de unas palabras gráficas y santas, tal que son un consejo del mismo Evangelio y que vienen de molde para aplicarlas al recto y perfecto concejal:

«Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas.»

Así los quisiéramos nosotros, los mayores y menores contribuyentes, así; pero si así es difícil, me contento yo que sean otra cosa más corta.

El más perfecto concejal, amigo urbano, es, á mi entender, el más barato.

EL LICENCIADO PABLILLOS.

Hojeando la prensa

De *La Epoca:*

«No es un secreto para muchas personas, y no debe serlo para el gobierno, que los republicanos no han renunciado á su labor perturbadora y al propio tiempo que se solicita el indulto de los que puedan ser condenados como responsables de los crímenes cometidos en el mes de septiembre, se alientan por bajo cuerda todas las malas pasiones y se excitan los ánimos con intenciones que son fáciles de comprender.

Y como el gobierno debe conocer ciertos manejos, y seguramente seguirá la pista á determinados agitadores, no creemos necesario decir más por hoy.

En el insano delirio de ciertos hombres se sueña con antipatrióticos contratiempos, para que sirvan de pretexto á preparadas explosiones.»

***

De *El Universo*:

«Verdaderamente no pueden pedir más á la conjunción republicano-socialista sus patrocinados. Ella, que con estoica indiferencia presenció los desmanes de la anarquía, los brutales atentados contra la propiedad, los infames asesinatos sin proferir la menor palabra de condenación contra esos crímenes, ni al ser cometidos ni después, ni ahora en el último manifiesto, se enternece al fin considerando la desgracia que aflige á los delincuentes sometidos al rigor de la ley, y con arranques de corazón generoso y sensible, se apiada de ellos, procura alegrarles la existencia volviéndoles al seno de sus familias atribuladas, se horripila solo al pensar que algunos hayan de perder la vida en manos del verdugo.

Y todo ello lo hace con tan extremada solicitud, con tan diligente previsión, anticipándose de tal modo al curso de los procesos, que pedir más sería pedir que se solicitase la clemencia y el indulto en términos por el estilo: Va á estallar una revolución; se cometerán desmanes y crímenes de toda especie, y vengo á reclamar indulgencia y amnistía para los que lleguen á caer bajo la acción de los tribunales.

Verdad es que semejantes peticiones, aún verificadas después de consumados los hechos, si una y otra vez van seguidas del éxito deseado por los solicitantes, producen en la práctica el mismo efecto de alentadora impunidad, que si de antemano contasen los fautores de movimientos revolucionarios con la seguridad absoluta del «borrón y cuenta nueva» á la hora de las responsabilidades.

¿Y qué diremos de don Pablo Iglesias y demás preconizadores del atentado personal, indignándose en el manifiesto con la aplicación de la pena de muerte, llamándola monstruosa, protestando contra ella en nombre del espíritu moderno?

¡Es el colmo del modernismo esta especie de regresión al estado salvaje en que no hay más razonable ley que la pasión, ni más justicia que la que uno se toma por su mano!

¡Santificar el crimen, la pena de muerte decretada contra un hombre en los antros de la conjura revolucionaria, y llamar monstruosa á la pena de muerte establecida en los Códigos de países civilizados, impuesta por tribunales competentes y legalmente constituídos, aplicada con todas las garantías de acierto necesarias!

De estas garantías se permiten dudar también los manifestantes de la conjunción, con evidente agravio á los tribunales de Justicia, si no se consiente á todo el mundo intervenir en los procesos incoados, analizar los trámites y diligencias, fiscalizar á los jueces, en una palabra.»

***

Del *Diario Universal:*

«Los prohombres de la conjunción republicano-socialista han perdido lastimosamente las horas que hayan empleado en redactar el manifiesto que, abrumador sólo para los funcionarios de la estafeta del Congreso, sobre los que ha caído con él un formidable aumento de trabajo, han lanzado sobre el país.

El país, en efecto, ha oído esos clamores de los republicanos «como quien oye llover», según la frase vulgar, y lo que sus autores habían pensado como un formidable ariete destructor de la monarquía ha quedado en un papel más, y no más interesante que los anteriores.

Es natural que así haya ocurrido: lo que en mayor grado falta á los prohombres del nuevo manifiesto es el don de la oportunidad. Los últimos acontecimientos han sido el más completo fracaso de ese Comité y de esa conjunción. El más completo fracaso en todos sentidos y visto desde ambos campos: para los que vivimos fuera de la conjunción lo ha sido, en efecto, porque nos ha dicho lo que podríamos esperar de ellos y cuál sería en su poder la situación de España; para los conjuncionistas, porque les ha demostrado palmariamente que llegado el que ellos creen momento de la acción esos elementos directivos le desaprovechan y dejan que se desborden las malas pasiones con todos los caracteres de ferocidad con que las hemos visto estallar en los últimos acontecimientos.

Los prohombres de la conjunción han debido darse cuenta del enorme quebranto que ha sufrido su prestigio, y su situación en los momentos actuales más que á lanzar manifiestos los invitaba á un silencio discretísimo y á una meditación que les pusiera en condiciones para en otro momento servir mejor á la patria y á su partido.»

***

De *La Correspondencia Militar:*

«El doble objetivo de la operación — destrucción de la harka y castigo de los moradores del terreno que ocupaba el enemigo — exigía una prudencia extremada en la dirección del avance y de la retirada que, hasta ahora, se justifica por la necesidad de traer al campamento los prisioneros y el botín. Esto ha dado lugar á un verdadero examen táctico de las tropas ante el ministro de la Guerra, toda vez que han debido efectuar un avance, y también una retirada, bajo el fuego del contrario. Los telegramas manifiestan cómo han salido airosas de su difícil empeño y cómo se han hecho acreedoras á las mayores alabanzas, librando un combate rudo y que ha requerido, necesariamente, un sacrificio de sangre otorgado con insuperable prodigalidad por nuestras valerosas fuerzas.

Esta operación preliminar nos permite augurar favorablemente de las sucesivas, siempre y cuando no se dejen pasar días y días—como hasta ahora se ha hecho—facilitando la organización del enemigo antes de una nueva acción nuestra.

Quizá la harka disuelta encuentre ayuda entre las kabilas limítrofes é intente un nuev esfuerzo, oponiéndose á que continúen inmediatamente las operaciones que los telegramas oficiales comunican para estos días; pero, aun cuando consiga reunirse de nuevo, su fuerza moral estará verdaderamente amenguada y caída en la misma proporción en que se habrán elevado el ánimo y el espíritu de nuestros victoriosos soldados.

Ya tenemos, por lo tanto ofensiva decidida y resuelta. Queda demostrado que se puede pasar el Kert sin obstáculos internacionales. Se ha evidenciado también que sabemos despreciar los ofrecimientos de paz, que de una manera indigna nos trata El-Bachir á base de que no rebasásemos el Kert, y se ha visto palpablemente que la acción de España no tiene más límite que el que le señalen la conveniencia política del momento y los impulsos de su propia soberanía. Este resultado compensa con creces la generosa sangre derramada por los defensores de la patria.»